

premo y último fin de toda sociedad, sentó sobre la religion el edificio de la política, dando al Estado una constitucion divina; fué dó en la moral cristiana los deberes sociales y la legislacion civil, dando motivos elevados y nobles á la obediencia y revistiendo el mando con la magestad del cielo; asoció á la sancion temporal la sancion eterna, y desde entónces la justicia tuvo las garantías de la conciencia y el órden espiritual obraba invisible pero eficazmente bajo la mano reguladora del órden temporal: la religion con su moral, con sus virtudes, con su expansion inmensa estaba siempre á la puerta para dar su plenitud á todo y suplir con sus recursos divinos la impotencia del poder humano en los lances mas dificiles de la vida social y en las crisis supremas de las naciones.

Ved pues, hermanos míos, no el todo ciertamente, sino solo algunos puntos de la inmensa esfera de accion en que se ha colocado siempre el sacerdocio para distribuir sin medida los mas grandes beneficios á la humanidad. Obligado á reducirme en un asunto tan vasto y traspasando siempre los límites á que hubiera querido sujetarme, solo he dado temas á vuestro pensamiento y primeros móviles á vuestra reflexion. ¿Cómo excusar, pues, la cruel pertinacia con que se combate al sacerdocio y la ingratitud con que se le persigue? Mas ¡ah! pluguiese al cielo que esta institucion venerable y santa, que ha pasado por el mundo y los siglos haciendo el bien á pesar de las debilidades y miserias de la naturaleza humana, no tuviese mas adversarios que los ciegos que la desconocen y los ingratos que la persiguen! Pero sucede de otra manera: militante por destino y destinado á imitar á su divino Fundador, que desconocido de los judios y condenado á muerte por los gentiles, sufre tambien el abandono de sus apóstoles y discípulos, el Sacerdocio parece condenado tambien, como la experiencia lo acredita, principalmente en estos últimos tiempos, á luchar con el retraimiento, con la tímida reserva y aun el positivo abandono de los que se apellidan suyos, último punto de vista que reservo á vuestra consideracion para concluir este discurso.

TERCERA PARTE.

Si es extraño, católicos, que aun haya ciegos que desconozcan la institucion divina del Sacerdocio, despues de esa espléndida luz que por mas de diez y ocho siglos no ha dejado un solo dia de brillar en el mundo: si es increíble que una tribu destinada exclusivamente á la gloria de Dios y bien de la humanidad, y cuya larga y universal historia es la personificacion del bien sobre la tierra, halle todavía innumerables enemigos ingratos que la odien y persigan, ¿qué os diré de ese mundo creyente que, conociendo el carácter sagrado, la beneficencia universal, el poder y la gloria del Sacerdocio, y hallándose mas acechado que nunca por el enemigo del reino de Jesucristo sobre la tierra, permanece, sin embargo, frio espectador de la mas odiosa lucha, cuerpo retraido de combatir al lado de su bandera, testigo impassible y á veces desdenoso de la horrible y universal persecucion que la Iglesia y sus ministros están sufriendo en todas partes, y mui particularmente entre nosotros? Que esto constituye el fenómeno mas estupendo que nos presenta la historia, lo que hai de mas extraño y repugnante en el carácter, de mas insensato y peligroso en la conducta, y que seria increíble y á todas luces inconcebible á no estarlo viendo con nuestros propios ojos.

Este carácter moral es de suyo tanto mas difícil de corregir, cuanto que representa por una parte la ineficacia de las luces recibidas, de los preciosos frutos ántes gustados y de la gracia cuya accion simultánea con la naturaleza tiene tanto poder en la felicidad, y por otra la frialdad, la inercia, que son, digámoslo así, los síntomas de muerte de una sociedad.

Pero ¿qué! ¿los ministros de la palabra evangélica debemos desfallecer ante las dificultades de esta situacion la mas terrible de todas? El Profeta, cubierto de ceniza y de silicio, lanzaba sus ayes y lamentos lúgubres hácia la Jerusalem descreída, para ver si la arrancaba de los bordes del abismo por la eficacia poderosa de una reaccion moral. Jesucristo dejó caer sus lágrimas amargas sobre esta misma Jerusalem cuyo exterminio estaba mirando, y que parecia evitar con aquella terrible profecía. No faltaron voces au-

torizadísimas lanzadas hácia las antiguas florecientes iglesias, cuya vida de espíritu dió el nombre de siglo de oro del cristianismo á sus mas felices épocas, en los momentos en que, ya degeneradas y achacosas, insensibles é indiferentes, iban á desaparecer. ¿Callaré yo por las dificultades consiguientes á esta lastimosa inercia, y el fundado temor de que mi predicacion sea estéril? No, católicos: cualquiera que sea la suerte que nos esté reservada, yo debo cumplir con mi santo ministerio. Manifestaros la progresion del mal hasta el extremo terriblemente alarmante que presenta en nuestros días; haceros ver que este mal no tiene otro correctivo que el ministerio católico, y demostrar que este ministerio será ineficaz sin la cooperacion vuestra: he aquí lo que cumple á mi deber. Salvaros ó perderos: he aquí vuestra obra.

La Iglesia nuestra Madre, sujeta por su carácter de militante á una continua lucha mientras permanezca en la tierra, no ha dejado nunca, bien lo sabéis, de tener contra sí multitud de enemigos que con diferentes pretextos y con diversas armas han pugnado siempre por exterminarla. El judaismo la proscribió como intrusa y usurpadora, el gentilismo la persigue á hierro y fuego como enemiga de sus dioses y de sus placeres; la herejía la combate en la pureza y autoridad de su doctrina; el desenfreno y la prostitucion se desbordan como un torrente inmundo sobre su seno para arrebatárle con la virtud y la santidad sus mas bellos tesoros; el cisma la destroza para hacerla morir; la Reforma desconoce su magisterio, haciendo espirar la doctrina en las garras de una libertad desenfrenada, espiritualiza el poder civil para desnaturalizar y destruir la esencia del poder canónico, y queriendo oponer la Iglesia reformada á la Iglesia católica, no hizo mas que abrir las brechas que mas tarde aprovecharian, para generalizar el combate y conmovier al mundo, la incredulidad, el ateísmo político, la indiferencia religiosa, y el racionalismo, que es peor que todo. El regalismo, y mas tarde la democracia en el pueblo ó en el trono, la roban para desarmarla, afectan prótegerla para esclavizarla, ó proclaman su independencia absoluta para dejar al Estado en manos del ateísmo. Mas en todos estos tiempos y en todas estas crisis la Iglesia ha combatido con vigor: su historia es la del heroísmo, que siempre triunfa y nunca sucumbe, y no puede ciertamente caracterizarse de notable un período de la historia moderna sin que la Iglesia de Jesucristo aparezca colocada en el centro de todas las glorias.

Estos innumerables triunfos de la Iglesia debieran, hermanos míos, haber enfrenado al enemigo que siempre la ha combatido y aumentado el vigor de los fieles, asociándolos mas estrechamente que

nunca al Sacerdocio de Jesucristo, plana mayor de esa milicia que ha combatido siempre con tanta gloria.

Mas por una desgracia mui lamentable todo ha sucedido de otra manera: el enemigo se presenta hoy mas osado que nunca, mas fuerte que nunca, mas abastecido de armas que nunca, mas universal en su accion y mas afortunado en sus ataques, al paso que el pueblo fiel, cayendo en las delicadas redes que se tienden á su fe bajo las mas bellas apariencias, manifiesta una debilidad que se parece al marasmo y no está mui lejos de la muerte.

El enemigo comun de la religion y de la sociedad, triunfando á medias y perdiendo á medias, como suele decirse, al dar sus primeros pasos el presente siglo, lejos de abandonarse al desaliento, esforzó de nuevo su pensamiento y su accion, y no en vano, pues en este carácter dudoso é incompleto de su situacion, halló el secreto de una táctica nueva, la táctica del término medio, temperamento dulce que no inquieta, aire apacible que no inspira desconfianza. Dobleándose á todo sin cumplir definitivamente nada, lisongeando todos los intereses lo mismo que todas las opiniones, como de paso y en espera de un éxito final, á todos entretiene y á ninguno satisface. Preparando la muerte de todo, pero quitando las justas alarmas con sus fastuosas promesas, con sus discursos seductores, con su calma estudiada, impide la aparicion de enemigos fuertes y vigorosos que le combatan y destruyan. Reuniendo las contaminaciones de todos los siglos, parece emponzoñar al mismo tiempo toda la tierra. Buscando en la frialdad, en la indiferencia de los mismos que creen, en el artificio de una doctrina que parece conciliar las garantías del miedo, y las franquicias á que aspira la ambicion y los intereses que nacen de entre los escombros de cada revuelta, con la quietud de la conciencia, los derechos de la Ley divina, las expansiones de la piedad y aun las esperanzas eternas, un medio mas eficaz de cuantos habia ensayado hasta aquí, una arma mas poderosa y una táctica mas sutil que las que le facilitaban el poder armado de los césares en tiempo del paganismo, la contumacia, diversidad y ramificaciones del error en tiempo de la herejía, los trastornos consiguientes á los grandes cismas, la mutilacion, que trajo consigo la Reforma protestante, los estragos del regalismo, que con su hacha de dos filos descargaba sobre la Iglesia reiterados golpes directos que reflectando sobre los tronos, les quitaron para siempre su estabilidad antigua, y aun aquella Revolución que dió tan funesta celebridad á la Francia en el pasado siglo, se presenta hoy mas imponente y poderoso que nunca para destruirlo y anadirlo todo.

He aquí, católicos, al mal en su suprema crisis, en su fecundidad mas prodigiosa, en su universalidad mas alarmante, en su poder mas irresistible: al mal de todos los tiempos en su último tiempo: al mal de siempre, y que no se parece á sí mismo en ninguna de sus anteriores épocas: viejo y nuevo, porque no ha dejado de existir, y hoy se presenta con caracteres inauditos y la mas funesta virtualidad. Semejante á esos agentes mortales que se apoderan del hombre físico, y despues de trabajarle agudamente, obran sin hacerse sentir, y van produciendo el marasmo, y burlan la habilidad de los médicos, y destruyen paulatinamente la vida, y no se revelan sino como escondidos restos en la autopsia del cadáver, así este enemigo infatigable obra en todo y constantemente, obra con todo, es todo lo que ha sido y tambien contra lo que ha sido: es heresiarca en unos puntos, cismático en otros, incrédulo en todos: á la inteligencia le otorga el dominio pleno de la verdad, á la voluntad la esencia del poder; al hombre lo que es, á Dios la nada, á la religion un cumplimiento, una burla ó un bofetón, segun la oportunidad lo pide, al Estado una supremacia universal: fija en la materia el objeto final del hombre y de la sociedad, mira en el espíritu un entretenimiento ridículo de los devotos, é impaciente por aniquilar hasta los últimos restos de su temor, despues de haberle hecho la guerra al cielo, parece haber sepultado la eternidad junto á las márgenes del tiempo.

“En todos tiempos ha habido errores; pero la apología del error por hombres que se dicen cristianos, el reconocimiento legal de los derechos del error en el seno de las naciones católicas, la glorificación del racionalismo, el error mas monstruoso de todos, son cosas que no se hallan desde la promulgación del Evangelio mas que en los siglos posteriores á la Reforma. Asimismo en todos tiempos ha habido crímenes; pero el crimen sin remordimientos, la injusticia sin restitución, el escándalo sin expiación, la teoría del crimen, la apología del crimen, el orgullo del crimen tampoco se encuentran mas que en el mundo actual. Finalmente, en todo tiempo ha habido rebeliones contra Dios, contra la Iglesia y contra las potestades; pero la negación sistemática de la autoridad de Dios, de la Iglesia y de los reyes, la teoría de la rebelión, la consagración legal del principio mismo de toda rebelión, eso es lo que no se halla sino en el mundo actual, y eso es lo que constituye el carácter propio de su perversidad.”¹

Sí, católicos, el gran cuadro del mal en estos últimos tiempos, la tremenda crisis por donde nuestro siglo nos arrastra, la última faz

1. Gaume. ¿Adónde vamos á parar? pág. 54.

del campo enemigo en este período de su contienda, es lo mas terrible, amenazante y peligroso que jamas hubo; y no parece sino que ya se presenta como el negro crepúsculo de aquel día de ayes y de luto, de tinieblas y de lágrimas, de seducción y tentaciones nunca vistas, en que, segun el anuncio de Jesucristo, perecerian hasta los mismos escogidos si Dios no le abreviase.

A la vista de este cuadro, hermanos míos, que no he hecho mas que bosquejar; de este enemigo que, revistiéndose de todo lo que puede hacerle interesante y popular y encerrando en sí los males todos, aparece á la faz de los pueblos como el dispensador de todos los bienes; que brinda con el pleno dominio de la razon á todos los filósofos, con la última perfección de la sociedad á todos los políticos, con la tolerancia á todas las religiones, con la soberanía á los pueblos y la popularidad á los gobiernos, con la libertad, el progreso y la plenitud de los gozes materiales á toda la humanidad, que inaugura la soberanía del hombre sobre las ruinas de la soberanía de Dios, para establecer una cadena de prerogativas correspondiente á una de esclavitudes que termina en la muerte de todo poder; que con la libertad proclama la licencia, la desmembración ilimitada de la propiedad y cuanto las pasiones pueden pretender en su desenfreno; que á nombre de la igualdad aniquila todos los derechos antiguos y todas las gerarquías sociales; que proclama la independencia entre el poder civil y el eclesiástico, para dejar á la legislación sin moral, al Estado sin apoyo, á la sociedad sin Dios; que pide una constitución ó carta, obra del hombre y de las circunstancias, para destruir por entero la constitución esencial de todas las sociedades, la obra de Dios en la tierra, la fuerza y robustez del Estado, apoyado en el respeto de las tradiciones y en el curso de los siglos: ¿qué partido debemos tomar, hermanos míos? ¿Aislarnos unos de otros y ponernos aparte, como si la tempestad pudiera pasar dejándonos en pie? ¿Dividir nuestras fuerzas é inutilizar nuestros recursos en los momentos supremos del peligro? ¿Esto sería aceptar la derrota y resignarse á la muerte. ¿Oponer á la táctica alevosa del término medio cuando comienza, la táctica meticulosa del término medio en el sufrir, el ruinosísimo sistema de las concesiones? Esto sería, no lo dudéis, consentir en aplazar la muerte. Si el término medio en el ataque no se diferencia del extremo sino en simples modificaciones y ligeros plazos; el término medio en la defensa no sería mas que un cierto temperamento en el padecer y una corta dilación para morir.

“¿No se irán debilitando, pregunta un respetable Prelado de nuestros días, no se irán debilitando cada vez mas los elementos de re-

generacion que aun nos restan, si no se pene remedio? ¿No llegará á ser un grito general la fatal exclamacion: *es mui tarde*, que algunos murmuran ya? Lo presente no ofrece mas que un punto de apoyo vacilante: detras de un tupido velo se oculta un porvenir lleno de esperanzas para unos, de terror para otros y de misterio para todos. . . .

“En esta situacion ¿qué partido tomar? Lamentarse seria puerilidad. Dormirse, contando con lo imprevisto, seria fatalismo. ¿Qué es por tanto preciso hacer? Combatir. Sean cuales fueren los destinos del mundo, este penoso trabajo no quedará sin recompensa, y contribuirá poderosamente á formar nobles vencedores ó nobles víctimas.”¹

Breves palabras, católicos, pero altamente conceptuosas: ellas lo dicen todo, y basta meditarlas, para tomar el partido que prescriben á un tiempo mismo la religion al católico, la patria al ciudadano, el hogar doméstico á la familia y los intereses supremos de la humanidad al hombre. Si la lucha es hoy mas empeñada que nunca, si el mal se presenta mas terrible que en ninguna de sus épocas, mayor sin duda debe ser nuestra solicitud para conjurarle, nunca mas inexcusable la apatía, ni mas criminal ese artificioso despego del Sacerdocio católico.

Si, pues, la unidad de la defensa debe corresponder á la del ataque, yo puedo aseguraros, hermanos míos, que el secreto del triunfo consiste todo y solo en vuestra firme adhesion al Sacerdocio de Jesucristo y en la actividad de vuestro celo para cooperar con él; porque en esta venerable institucion viven hoy todos los elementos con que se ha triunfado siempre del enemigo comun; porque ella es la única en quien reside toda la luz que se necesita para disipar las tinieblas del nuevo caos, la única que posee los antidotos capaces de purificar esta atmósfera contaminada que envuelve al mundo. Sus glorias pasadas son la prueba histórica de su poder presente, bien así como la degeneracion lastimosa que han sufrido todas las sociedades en tan peligrosa crisis, es un argumento incontestable de la impotencia del orden puramente humano para salvar la religion y la sociedad de los fuertes embates de la Revolucion.

¿Serán, hermanos míos, esas sociedades gangrenadas, estos Estados transitorios, esos tronos vacilantes, ese racionalismo enseñoreado de la sociedad, ese olvido universal de todos los deberes, ese insolente desprecio con que se ve todo lo que pertenece á la religion, esos intereses bastardos que hacen figurar al decálogo en el

¹ Gaume. La Revolucion.

siglo como una odiosa ironía, esos espíritus superficiales que giran como la pluma por donde sopla el viento, esa fe sin código, esa esperanza sin títulos, esa probidad sin religion, esa moral sin espíritu, ese movimiento loco que se llama progreso, esa política del equilibrio, esta emancipacion absoluta de Dios y de su lei, será esto, digo, el gran reservatorio donde hemos de encontrar los recursos para salvarnos del mal? No, hermanos míos: no es aquí donde han de recogerse nuestras esperanzas, sino donde han desaparecido todas las verdades de entre los hijos de los hombres, como se explica el Salmista, donde todo hace admirar la prudencia de la carne que lisongeando la vida del tiempo no es mas que la muerte en la eternidad, y que reporta la reprobacion del mismo Dios, como lo advierte el Apóstol. No es este aquel antiguo reino en que la verdad lucia sus rayos, la fe desarrollaba su accion, la religion llenaba la vida, y la virtud exhalaba sus perfumes desde el templo hasta la cabaña; sino aquella época profetizada por San Pablo “en que los hombres no pueden sufrir ya la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír doctrinas que lisongeen sus pasiones, recurren á una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos: y cierran sus oidos á la verdad, y los aplican á las fábulas.”¹

¿Adónde, pues, ocurrir por el remedio? A la venerable institucion del mismo Jesucristo, donde dejó permanente la luz, la gracia y el poder para salvar al mundo. Ella es la única que con su código santo, con su verdad irresistible, con su sancion eterna, con su gracia omnipotente, con su movimiento constante, con su laboriosidad infatigable, con su caridad y con su celo, puede anonadar ese poder indómito que amenaza destruirlo todo y que ya parece que se engolfa en los placeres del triunfo.

Si, hermanos míos: el Sacerdocio católico como institucion, como un ministerio, es la misma Iglesia docente y regente, y en consecuencia es el depositario de la doctrina, el supremo juez de la conciencia, el Legatario pleno de Jesucristo, el que juzga la conducta en el tiempo y fija el destino en la eternidad. Jesucristo, que le ha instituido y autorizado, ha dado tambien una terrible sancion á la lei de escucharle, obedecerle, honrarle y defenderle, como lo habéis oido.

El transforma repentinamente al mundo con la predicacion del Evangelio, sostiene y preside á las heroicas víctimas que son inmoladas por la fe, renuncia al matrimonio para sacrificarse á las ne-

¹ 2 Thimot. cap. IV, vs. 3 y 4.

cesidades más íntimas, á los intereses más caros de la humanidad, recibe al niño en sus brazos para darle la vida de la gracia, modera la impetuosidad del joven, dirige la marcha del hombre maduro y rodea de respetos á la ancianidad: prodiga su vida en las más penosas tareas del ministerio, recorre al impulso de la caridad y del celo los lechos apestados auxiliando al hombre, derramando un bálsamo saludable sobre sus dolores, ameritando la aceptación de su muerte y mitigando á sus ojos con las esperanzas sublimes de la religión el horror del sepulcro.

Después de lo mucho que os he dicho ya, ¿qué debo añadir? Durante su travesía de diez y ocho siglos ¿hai nada, decidme, en la religión intelectual capaz de equipararse á sus grandes concepciones? ¿Hai nada en el mundo moral capaz de sostener el paralelo con el heroísmo de sus sacrificios y su admirable acción sobre las virtudes? ¿Puede señalarse un solo progreso en cualquiera género que sea, que no reconozca por principio el espíritu de su acción en el mundo social? ¿Hai una sola crisis, de las muchas y muy terribles por donde ha pasado la humanidad, en que no haya ejercido el Sacerdocio el más poderoso influjo para el bien? ¿Quién purificó, decidme, de la endémica é inmensa contaminación que emponzoñaba su atmósfera doméstica, civil y política al mundo pagano? El Sacerdocio. ¿Quién plantó la Cruz en los palacios de los césares vencidos, después de hacerla atravesar por lagos de sangre y sin otras armas que el esplendor divino de la doctrina y el heroísmo sublime de la paciencia? El Sacerdocio. ¿Quién domó la barbarie feroz de aquellos pueblos que se desbordaron sobre toda la Europa meridional desde las regiones salvajes é inaccesibles del Norte? El Sacerdocio. ¿Quién templó la enconada fuerza del feudalismo, hasta hacerle desaparecer? El Sacerdocio. ¿Quién regeneró, al calor vivificante de la ley evangélica, la legislación del mundo? El Sacerdocio. ¿Quién llamó al imperio de la Ley divina en el tribunal de la conciencia el poder ilimitado de los antiguos monarcas? El Sacerdocio. ¿Quién reivindicó ante la creencia de los pueblos la pureza de la doctrina y la suprema autoridad docente de la Iglesia contra la guerra de la herejía, ya reduciendo á los heresiarcas á la ignominia del silencio, ya postrándolos ante la Silla de Pedro con el rayo lanzado desde el centro de sus concilios ecuménicos? El Sacerdocio. ¿Quién emancipó á los pueblos de todas las servidumbres en aquellas épocas de tinieblas y de fuerza que todavía se recuerdan con espanto? El Sacerdocio. ¿Quién ha derramado la luz en el mundo sobre las más elevadas cuestiones de la filosofía, el origen del universo, la naturaleza del hombre y su destino futuro,

el soberano bien, el criterio infalible de la justicia y los principios conservadores de la sociedad, haciendo accesibles estas ideas hasta las clases más humildes? El Sacerdocio. ¿Quién, después de haber regenerado el entendimiento con la doctrina, la voluntad con la moral, la libertad con la ley; después de haber restablecido el orden en la familia, dado bases firmes al Estado, perfeccionado á la sociedad, majestad al gobierno, derechos y garantías á los pueblos, restauró las artes, dándoles una nueva vida, destinos más elevados, inspiraciones más augustas y santas, influencias más universales y tipos de verdad y perfección que no habían conocido en sus mejores épocas? El Sacerdocio. ¿Quién ha dado el carácter de toda una institución á la caridad y sus obras, para socorrer permanentemente todas las necesidades de la humanidad pobre, desvalida, doliente y atribulada? El Sacerdocio. ¿Quién ha dignificado la pobreza, inclinando en su presencia los más elevados rangos? El Sacerdocio. Al descubrirse este nuevo hemisferio delante de la Europa atónita, y mientras se desbordaron sobre ella los reyes para ensanchar sus dominios, los especuladores para multiplicar sus riquezas, los sabios para dilatar la esfera de sus investigaciones, ¿quién se interpuso entre estos pueblos ignorantes y bárbaros y las legiones armadas que venían á conquistarlos, proclamando la ley de la fraternidad entre los campos de sangre, abogando por sus derechos ante todas las usurpaciones, defendiéndolos de todas las tiranías, uniéndose con ellos por la caridad más acendrada, ganándolos para Jesucristo por las efusiones generosas del corazón, organizando la familia, moralizando la conducta, y llamándolos á los gozos del estado social? El Sacerdocio.

Sin salir de nuestra patria, católicos, repasad la historia de tres siglos, recordad nuestras antiguas tradiciones, analizad ese conjunto de cualidades y prendas que constituyen nuestro carácter nacional antes de sufrir la miserable contaminación del siglo que corre: la fe, la piedad, el amor á la Iglesia, el respeto á la familia, lo mismo que á la propiedad y al honor, la benevolencia instintiva, la hospitalidad proverbial del pueblo mexicano, aquella expansión de sentimientos que hacia de nuestra antigua sociedad una sola familia, y decidme: ¿quién es el que ha producido aquí tan estupendas y admirables obras, y dado al orden religioso, moral y social una riqueza más cuantiosa que los mineros inagotables de nuestra tierra al orden material? El Sacerdocio. ¿Quién ha instituido ó inspirado, y conservado con tanto celo esa multitud de establecimientos de enseñanza, de educación, de socorro, de vigilancia y universal amparo á la humanidad menesterosa? El Sacerdocio.

Ved, pues, cómo la historia del Sacerdocio católico en el mundo,

los monumentos de su grandeza y de su gloria, constituyen una prueba robustísima, incontestable de su poder para salvar aun hoy día el orden religioso moral y social, combatidos mas que nunca por la Revolucion. ¿Adónde volveríais vuestros ojos para colocar la esperanza, si abandonáis á la sagrada tribu? ¿Acaso al poder de eso que se llama gobierno, á los recursos de eso que se llama el Estado, á la combinacion de esos grandes intereses sociales que mas de una vez hacen inclinar la balanza política? No, católicos: se acabaron estos recursos, se acabaron estas esperanzas, y á fuerza de movimiento y progreso, los gobiernos han subido á la primera categoría de los indigentes, los Estados descansan en la arena y son batidos por los vientos, y los intereses se han emancipado del cielo.

No, hermanos míos, no os engañois. Lo único que nos resta, para salvarnos de los estragos de la Revolucion, es el Sacerdocio. Su voz, medio ahogada ya entre los clamores turbulentos que lanzan contra la Iglesia en todas partes los agentes de la Revolucion, es la única interpelacion que hoy se hace contra la iniquidad y el desenfreno á la conciencia en las cortes, en los parlamentos, en la prensa, en los intereses bastardos y prepotentes, en el tribunal de la conciencia, en el seno de la familia, en las conversaciones lo mismo que en las plegarias y desde la tribuna evangélica. Todavía la voz que se desprende del Vaticano hácia el mundo, conmueve á los césares de nuestros días, desconcierta los planes de la Revolucion y perturba el ánimo de los pueblos. Todavía el terrible *non licet* del Apostolado católico, disputa el terreno palmo á palmo al gran principio de los *hechos consumados*, resumen de la ciencia de Estado de nuestros tiempos. Todavía la resistencia pasiva pero enérgica y heroica del clero, en todos los países amarga el fruto cogido en todas las usurpaciones. Todavía el incensario en las manos del sacerdote, como un espectro fatídico, hace vacilar la pluma en las manos del político y temblar la espada en las manos del guerrero. Todavía, después de consumado el desastre de la Iglesia en una nacion, circula misteriosamente por entre las ruinas un cierto rumor que perpetúa el disgusto y que denuncia una inmensa necesidad que nadie puede satisfacer en la tierra. ¿Qué rumor es este? Un anatema que vive y contra el cual nada pueden la sociedad ni sus gobiernos: un remordimiento que consume, un goce que inquieta, una prevision que desazona, una inseguridad que consterna.

Pero el poder del Sacerdocio, sin embargo de ser tan grande, requiere de parte de los fieles una cooperacion verdaderamente católica, una cooperacion consiguiente á la fuerza que Jesucristo nos dió contra todas las influencias de los bienes perecederos del mundo,

proclamando la abnegacion como fundamento de la gloria, estableciendo el reino de los cielos como el centro de nuestras esperanzas, ofreciendo como añadidura de este bien supremo todos los bienes secundarios de la tierra, enseñándonos á no temer á los que matan el cuerpo, sino solo al que dispone de la vida del alma, inscribiendo las tribulaciones de los justos en el registro de los escogidos como títulos de gloria, asegurándonos de su presencia por todos los siglos, y profetizando que no prevalecerian contra su Iglesia las puertas del infierno.

Permitidme ahora, católicos, permitidme que os pregunte: ¿cuál ha sido la conducta de muchos de vosotros durante la época terrible por donde estamos pasando? ¿Qué cuadro han ofrecido los verdaderos fieles en frente de la religion ultrajada, de la Iglesia despojada, de los templos sacrilegamente invadidos, y del Sacerdocio sufriendo por todas partes el azote de la Revolucion? ¡Ah! Por todas partes una indiferencia profunda, una frialdad que hiela, una calma que extingue la esperanza... La Iglesia y su ministerio han sufrido los últimos golpes de que está llena la historia contemporánea, no tanto por la saña y activo furor de sus enemigos, cuanto por la conducta de aquellos que, limitados á compadecerla, porque son católicos y aun aman la piedad, se han mantenido impassibles y retraidos en presencia de sus grandes tribulaciones. Hemos llegado á unos tiempos en que, sin renunciarse á la fe, se guarda cierto retraimiento respecto de su práctica, de sus instituciones y de su ministerio, y lo que es peor, se cree conciliable tal conducta con la moral cristiana y las esperanzas eternas. A la vista de ese desprecio sarcástico hácia los ministros de la religion, que se ha hecho como de moda en nuestro siglo, de ese respeto hipócrita con que las cortes y sus agentes le retiran de toda influencia en la marcha de la administracion, so protesto de una pretendida incompatibilidad entre el ministerio del altar y los negocios del Estado, muchos por una falsa vergüenza huyen de toda manifestacion de respeto y de concepto hácia esta venerable clase, le vuelven las espaldas en la calle con la misma facilidad con que le doblan la rodilla en el templo. Trátase de atacar sus inmunidades, de despojar á la iglesia de sus bienes: se decreta, se declama, se persigue, se roba, se expatria... ¿Y qué sucede? algunos lamentos privados, un tímido silencio público, impresiones que huyen, recuerdos que espiran al instante mismo de nacer. Con tal que no se toque á la hacienda propia, al hogar propio, á la persona propia, que no se sienta ninguno de la tormenta que cae sobre la Iglesia, creese haberlo hecho todo con solo consagrarle alguna compasion privada y lanzar des-

de el rincón de la casa contra los perseguidores una censura que no pasa de la puerta. Vense invadidos los templos y arrebatados sus tesoros, allanado el Tabernáculo é insultado el mismo Dios en persona.... ¡Y qué sucede? ¡lamentos y censuras privadas, tímido silencio público!

Si imagináis, católicos, que una conducta de esta naturaleza no tiene trascendencias ningunas á vosotros en el orden temporal, os equivocáis lastimosamente: porque la Revolucion, mal supremo del presente siglo, á todo amenaza, y tras del Sacerdocio con su doctrina, con su propiedad, con su derecho, con su influencia moral sobre la sociedad, está todo: la familia, el honor, la hacienda, la vida, la paz, el Estado, la humanidad entera. Si creéis que al golpe decisivo y triunfante de la Revolucion no ha de caer sino solamente la Iglesia, padecéis un crasísimo error: porque al estruendo de la caída de este edificio antiguo, de este castillo apostado delante de los siglos para defenderlo todo, nada quedará en pie. Si, hermanos míos: la Revolucion, este gigante de cien brazos que amenaza al mundo entero, todo lo tiene avasallado, á nada teme. Un solo enemigo le queda, trabajado, mutilado, escarnecido, despreciado, condenado á muerte, considerado ya muerto, el cual sin embargo todavía la hace estremecer. ¿Qué enemigo es este? La vieja falanje que se llama *Clero* con su libro de la lei y su Cruz de madera. Si le volvéis las espaldas, estáis perdidos: si le rodeáis de respetos, si le seguís en su carrera, si le prestáis toda vuestra cooperacion, el enemigo caerá á vuestros piés, y la Revolucion en su última faz no será mas feliz que en las otras épocas.

Estas observaciones soa tan claras, y tan sólido el apoyo histórico de este concepto, que para ponerle en duda no basta renunciar á la Providencia y á la fe, sino que sería necesario despojarse hasta del sentido comun. Y si no, decidme, católicos: ¿Por qué todos los triunfos de la Iglesia en diferentes épocas? ¿Solo por la religion? ¿solo por el Evangelio? ¿solo por el Sacerdocio? No, sino ademas por otra cosa, sin la cual vanamente se habria revelado la religion, promulgado el Evangelio é instituido el Sacerdocio. ¿Qué cosa es esta? La cooperacion del pueblo fiel. Estudiad esta otra gloria; hojead la historia de esta parte de la milicia santa; ved lo que se debe al pueblo creyente, decidido y animoso en todas las contiendas y en todos los triunfos, y os convenceréis de una verdad tan manifiesta. Hoi existe todo lo que puede llamarse elemental y de institucion: Jesucristo, Iglesia, Ministerio, predicacion, &c., y sin embargo, estamos mal: el enemigo se robustece, se multiplica, se pavonea, digámoslo así, ante la perspectiva de un triunfo que con-

sidera seguro. ¿Qué falta pues? ¿acaso la fe? No: se cree todavía. ¿Acaso el culto? No: hai todavía templos, altares y sacrificio. ¿Acaso el afecto sensible á las prácticas religiosas? No: todavía están llenas las iglesias escuchando los cánticos sagrados; todavía la plegaria del pueblo hierde nuestros oídos en la tierra; todavía el moribundo busca al último confidente de su alma y una mano bendita que le ayude á pasar del tiempo á la eternidad. ¿Qué falta, pues, católicos, volveré á preguntarlo? Falta el espíritu que debia animar todo esto, la correspondencia entre las obras y la creencia; falta esa virtud sublime que pone los derechos de Dios al frente de todos los derechos, la Iglesia de Dios al frente de todas las instituciones sociales, el Sacerdocio al frente de todos los rangos supremos; falta la caridad, el amor á Dios sobre todo, ante todo y contra todo lo que sea incompatible con él, la caridad con la cual todo se posee y sin la cual nada se tiene, como se explica San Pablo; falta lo que habria, católicos, si en lugar de ese retraimiento, de esa indiferencia tímida, de esa medrosidad de la carne y de la sangre, de esas falsas ideas que os hacen dividir al Sacerdocio entre vuestros homenajes y vuestros desprecios, dispensarle una compasion estéril en silencio, resignaros con tanta facilidad con su villipendio y escarnio, lo mismo que con tantas desolaciones y ruinas que se hacen sobre la Iglesia, os mostraseis verdaderos hijos suyos, los esperaseis al amanecer como la luz del mundo, os compenetraseis de su espíritu, como la sal de la tierra, escuchaseis su doctrina como la doctrina de Jesucristo, os complacieseis en su honra como en las glorias del Sacerdote Eterno, partiéseis con él sus angustias, volaseis á su socorro y defensa cuando es atribulado y perseguido, y le consideraseis en todo y por todo identificado con Jesucristo ante vuestra conciencia y vuestra fe.

¿Creéis acaso, hermanos míos, que en estas grandes crisis de la Iglesia, en este desbordamiento de todos los errores contra la verdad eterna, de todas las pasiones contra el Evangelio, puede observarse una conducta indiferente sin que haya obligaciones impuestas á los fieles por el mismo carácter de la situacion para la defensa católica? El que ha dicho que ha de negar delante de su Padre al que le niegue delante de los hombres, El que ha señalado como carácter propio de sus escogidos el dejar al padre, y á la madre, y la vida misma cuando así lo exigen su honra y su gloria, ¿consentirá en esas vacilaciones, hijas de la preferencia de los intereses de la vida, en esa política que, si admite la religion, es para subyugarla y cargar de cadenas á sus ministros? ¿en esa resignacion tan fácil con los escandalosos saquéos de la

Iglesia, con los despojos sacrilegos de los templos mientras no se pierda el caudal propio? ¿en esa facilidad con que se llaman á la discusion á la Iglesia y su soberanía, al culto y sus derechos, al Sacerdocio y sus inmunidades, á Dios y su reino? ¿en esa falsa conciencia que halla para todo temperamentos suaves, que legitima el obsequio de las leyes sacrilegas con la intencion de que la Iglesia pierda ménos, como Pilátos mandaba azotar á Cristo para ablandar á los judíos?

Pues si era tan fácil hallarse bien con Dios y consigo mismo, si se podian conciliar tan bien los intereses propios con los deberes sagrados, si á tan poca costa podian evadirse los peligros de una situacion crítica, ¡oh vosotros, los que pasasteis una vida tan laboriosa durante vuestra travesía por la tierra, héroes ínclitos del cristianismo, ¿por qué escogisteis, entre todas, la mas difícil y tormentosa carrera? ¿por qué os lanzasteis al campo de las espinas y del llanto, cuando pudisteis marchar tranquila y dulcemente por entre flores? ¿por qué afrontabais tan heroicamente los mas peligrosos y comprometidos lances, cuando tan fácil os habria sido evitarlos? ¿por qué despreciarlo todo, y aun prodigar vuestra vida? Vosotros fuisteis, pues, unos necios: vuestro heroísmo fué una insignia locura: vuestros sacrificios apenas excusables. ¿Por qué no vivisteis en estos felices tiempos en que una luz mas espléndida que la que salió del establo de Belén, y una moral mas sabia que la que predicó la Víctima del Calvario, han venido á inundar á las generaciones presentes en un oceano de esplendor, á dignificar la existencia humana, á caracterizar y distribuir mejor la felicidad? Sufristeis por vuestra limitacion ó ignorancia, fuisteis víctimas de los mas lamentables errores, y ni aun á sospechar llegasteis el advenimiento de una época en que, á nombre de la libertad, del progreso y de la tolerancia, se mantendria perfectamente igual la balanza social y política "entre el catolicismo y la herejía, entre la verdad que tiene todos los derechos y el error que ninguno tiene, entre la razon divina y la razon humana, entre el cielo y el infierno, y en que la mas plena libertad dilatara los dominios de la perfeccion y la felicidad, otorgándola indistintamente para adorar ó blasfemar, orar ó maldecir, creer ó negar."

¡Ah hermanos míos! cuando llegue aquel dia en que tan poco se piensa, último del tiempo y primero de la eternidad, el dia del sepulcro y del juicio, el dia de la verdad y la virtud para sus triunfos, de la venganza eterna para el malvado; cuando aquella mirada que rompe y trasparente los senos mas impenetrables del corazon se manifieste; cuando ya no sea posible volver atras; cuando aparezcan

á toda luz los derechos infinitos de la Santidad de Dios, la extension de los deberes que impone el Evangelio, la futilidad de los preceptos para eludirlos, el ridículo inexplicable del juicio de los hombres, la vanidad de las cosas del mundo, y sobre la frente de los escogidos que se sacrificaron por Cristo y su Iglesia, se descubran en su gloria la suprema valía de su abnegacion, la importancia y el premio de sus grandes sacrificios, la sabiduría en cierto modo divina de su conducta, ¡ay de aquellos que en las terribles crisis de la Iglesia, se hayan mantenido indiferentes, abandonando á sus ministros perseguidos! Ellos exclamarán mui tarde, como el pecador desengañado y desesperado de que nos habla el Sábio en las Sagradas Letras: "Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios, y á quienes proponiamos como un ejemplar de oprobio. ¡Insensatos de nosotros! Su tenor de vida nos parecia una necesidad, y su muerte una ignominia: mas he aquí cómo son contados en el número de los hijos de Dios, y cómo su suerte es el estar con los santos. Luego descarriados hemos ido del camino de la verdad: no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia."

Basta, hermanos míos: si despues de haber manifestado las excelencias del Sacerdocio católico por el origen divino de su institucion, la vocacion de Jesucristo, lo indeleble del carácter, la grandeza de la mision, la majestad de las ceremonias con que se inaugura, la extension ilimitada de ese poder que le coloca entre los cielos y la tierra, el Sacrificio augusto que ofrece en los altares, la verdad que difunde por la predicacion en toda la tierra, las pesadas cadenas que desata y pulveriza en el tribunal de la conciencia, poniendo así de bulto la supremacia de este cuerpo venerable á los ojos del mundo ciego que le desconoce: si despues de haber recorrido con vosotros las páginas de la historia, las tradiciones y monumentos de diez y ocho siglos, para mostrar su carrera tan laboriosa como benéfica, su accion sobre el paganismo á quien convierte, sobre la idolatría que destruye, la barbarie que disipa, hasta santificar, moralizar y civilizar al mundo; su influencia poderosa en la sociedad que reforma, en el Estado que consolida, en el gobierno que dignifica, y en el pueblo á quien defiende, salva y conserva, poniendo á toda luz los altos merecimientos del Sacerdocio, para confundir á ese mundo ingrato que le aborrece y persigue: si despues de haber puesto á vuestra vista las glorias de su carrera, la suprema virtualidad de su poder, único que queda para conjurar el

mal que por todas partes trabaja al mundo, y la necesidad estrechísima, no solo religiosa sino tambien política y social, de su conservacion y defensa, y de la cooperacion activa y eficaz de parte del pueblo fiel, á fin de despertar de su letargo á ese mundo creyente, pero cobarde y pusilánime, que le abandona: si despues de todo esto, repito, no os habéis estremecido de terror á la vista de esa indiferencia, de ese aislamiento y retiro á que la revolucion ha debido sus principales triunfos, no encuentro, por cierto, hermanos míos, resorte ninguno capaz de conmoveros.

No, católicos: es preciso no dormirse en el borde del abismo; es preciso ser mas vigilantes y mas activos que nunca; es preciso, principalmente hoy, caminar con la sencillez de la paloma y la astucia de la serpiente, entre las inspiraciones del cielo y las tentaciones de la tierra, entre la gracia, que todavia pugna por salvarnos, y esta revolucion terrible que no perdona medio para perdersenos. Seamos fieles hasta la muerte, como nos aconseja el apóstol San Juan, y conquistaremos la corona de la vida. No os convirtáis á todo viento, ni os empeñéis en cualquier camino, como lo advierte el eclesiástico, porque sin duda pereceréis. Sois católicos, estáis en la Iglesia y conserváis las esperanzas eternas: no perdáis, pues, tan preciosos frutos por vuestra negligencia; sino trabajad infatigables, os dice el mismo apóstol, para recibir en el último de vuestros dias la suprema recompensa de las virtudes. Meditad las grandezas del Sacerdocio para venerarle: contemplad su poder y su beneficencia para poner vuestra confianza en su ministerio: buscadle siempre, amadle siempre, escuchadle siempre, veneradle siempre, acompañadle siempre, defendedle siempre; y ante su accion poderosa y vuestra cooperacion eficaz, caerá vencida completamente la Revolucion, recobrárá sus derechos universales la verdad, triunfará la Iglesia católica; y vosotros, asociados á ella en la tierra con su carácter militante; viviréis con ella en el cielo como ciudadanos de la Jerusalem gloriosa, como miembros de la Iglesia triunfante, soldados de la Cruz en la tierra y socios de Jesucristo en el cielo.

SERMON

SOBRE LA

VIDA CONTEMPLATIVA.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE CARMELITAS DESCALZAS DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

Maria optimam partem elegit.

María ha elegido la mejor parte.

San Lucas, esp. X. v. 42.

HALLANDOSE Nuestro Señor Jesucristo de paso á Jerusalem en la casa de Marta y de María, ésta, sentada á sus piés, escuchaba su divina palabra, mientras aquella, empeñosa y afanada en disponer lo necesario, y extrañando que su hermana no tomase parte ninguna en las faenas domésticas, lo manifestó así á Jesus, con el fin de que por su precepto le ayudase María. Pero el Señor le dió esta respuesta: "Marta, Marta, tu te afanas y acongojas distraida en muchas cosas; y á la verdad, que una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte." De este modo se explicaba Nuestro Divino Maestro, haciendo la comparacion entre la vida activa, que se representa en las tareas afanosas de Marta, y la vida contemplativa, tan bien caracterizada en el humilde recogimiento y atencion profunda de María. Sin duda alguna que el Salvador del mundo no reprobaba la inspeccion á varias cosas temporales; cuando por otra parte habia de referirse todo á lo único necesario, que es la